

# LAS HORMIGAS

Humo.

La gran ciudad dividida por unas coordenadas... Un cuadrante de la ciudad... Un barrio del cuadrante... Una calle del barrio... Una casa de esta calle. Una ventana de la casa. Ahí estaba. Un insecto. Una hormiga o menos que una hormiga para la ciudad; sin embargo es alta, delgada pero bien formada, atractiva, con un tipo marcadamente sensual y ligeramente vulgar. Buena, en pocas palabras.

Segundo lunes de noviembre.

Salí caminando de su casa después del desayuno y de la acostumbrada discusión con su familia. Toma un taxi que milagrosamente aparece y después de cruzar más de la mitad de la ciudad llega a su trabajo. Su "chamba" como le dicen en su casa. Una farmacia grandota.

Ha tenido dificultades con sus padres y su novio. A pesar de que la semana apenas empieza, va triste, tensa, decaída, pesimista... irritable. Se siente fuera de lugar.

Hay trabajo. Mucho. Le llegan pedidos de artículos de tocador con anticipación para la Navidad ("este año se va a vender mucho, ¿sabe usted?") y hay que acomodarlos.

Salí a comer a una casa de asistencia cercana acompañada de sus amigas; más bien, compañeras de trabajo.

—Mira, ahí va el muchacho ése tan mono que va cada semana a la farmacia...

Ella voltea. (Sí, es cierto. Es él.) Cada vez que va, compra algo de su departamento, de perfumería, y se solaza viéndola a ella con unos ojos tristes y de mirar profundo. (Tiene un carro bonito.)

—Está guapo...

(Sí, está guapo.) No mucho, pero sí más que su novio. Además tiene un atractivo especial al tener una personalidad tan varonil, tan apasionada y tan decente. (Parece un buen muchacho.)

—Creo que tú le gustas, mana. Te ve todo el tiempo que se pasa en la farmacia...

(Ya lo había notado. ¿Será que le gusto de veras?)

—Yo que tú le coqueteaba; harían una pareja taaan linda...

(Le voy a coquetear. A ver. A ver si así se le quita lo habladora a la cajera esa grandota que se siente Kim Novak. A ver. Hace mucho que no salgo con otro muchacho. Sólo con Carlos...)

Comida mala. Charla insulsa.

Un cigarrillo. Más charla insulsa. Un homosexual que come ahí también, teje descaradamente (una preciosa chambrita; derecho-revés-derecho) mientras platica. Asco.

Regreso a la fatigosa y rutinaria chamba.

7:00 P. M.

Un codazo.

—¡Mira mana! ¡Mira quién llegó! ¡Órale! Es guapito.

—¡Buenas noches! ¿Se le ofrece algo? —coquetea.  
—Sí. Un desodorante que sea efectivo, porque esta porquería —señala una marca—, no me sirve.  
—¡Ah —voz sensual—, entonces permítame sugerirle éste... —se lo ofrece. De cerca (y ella lo está viendo así) él es más varonil: barba cerrada, ligeras ojeras, pelo ondulado, grandes manos con dedos largos y flacos.  
—¿Servirá? Lo toma entre sus manos y lo observa haciéndolo girar.  
—Úselo, y si no le sirve... me reclama... —Más coqueteos: esta vez una sonrisa burlona y ojillos entrecerrados. Él ya agarró la onda.  
—A propósito —dice “varonilito” en forma aparentemente casual—, ¿a qué hora sale usted?  
—A las nueve... —descárase.  
—¡Ah! —pone cara de tímido—, ¿y podría yo llevarla a su casa?  
—Pues... podría tratar...  
—¿Cómo se llama?  
—¿Quién?  
¡Imbécil! —piensa él y contesta con diplomática sonrisa— usted.  
—Mengana de tal...  
—Yo, Fulano...

Ríen. ¿A las nueve entonces? Sí. Puntualita. ¡Ajá!  
Se va. Ella se queda viéndolo subir a su auto semideportivo. Voltea cuando siente la mirada de sus compañeras. En efecto: la están viendo. Pero eso no le importa. Le importa la mirada de ella. De ella. Vuelve la cabeza hacia la caja y la están observando unos ojos brillosos con algo de odio.

(¿Qué te pareció, chu-li-ta?)

Se siente un poco estúpida ahí parada. Con una lata de desodorante en las manos. Con las prisas y la emoción a él se le olvidó llevársela. A lo mejor ni la necesita. No le hace.

9:00 P. M.

Puntualito está ahí. Llegó a las 8:58. Al verlo estacionado se metió por su abrigo y a las 9:10 (hay que darse taco, mana) sale.

Caballerosamente él se baja, le abre la puerta y la ayuda a subir. “Caballero” se sube (ella, mientras, siente las miradas de envidia de sus compañeras y la de odio de la cajera kimnovakesca), echa a andar el coche y parte a todo vapor sin darle tiempo a ella de devolver las miradas. Ni modo.

—¿Hay que ir directo a casita? ¿No, verdad? —pregunta él.  
—Tengo que llegar a más tardar a las diez y media... —ella lo ve fijamente.  
—¡Okey! Vamos a tomar una copa mientras y a cotorrear, ¿sí?  
—¡Muy bien! (Mu men).

Llegan, en Insurgentes, a un bar de primera. Estaciónanse y “borrachito” la ayuda a bajar.

Entran. Oscuridad. Parejas. Amigotes. Bossa Nova. Espejos. Mesas enanas.  
—Yo vodka con ginger, ¿y tú?  
—Un... mar... martini... dulce...

Abordan la plática con las preguntas de rigor: nombre completo, actividades mutuas, gustos y aficiones, música, temas de “actualidad” y el gran-





temasocial: "El hombre y la mujer." Él tiene buen juicio y sensatez además de una atractiva sonrisa y de unos modales agradables y dominantes. Ríen. Platican.

Beben más. 9:45 P. M.

—Vámonos de aquí —propone "atractivito" —y luego añade bromeando: aquí llegamos . . .

Humos de alcohol en la cabeza.

Salen tarareando conocida canción.

Al auto.

"Dominadorcito" la lleva a un *drive-in*. Intimidad. Autos con parejas trenzadas. Radio y musiquita.

—Vodka con ginger, plis.

—Yo ya no. . .

—Ándale. . . —suplica.

—Bueno. Otro martini.

La plática se hace sedante y cercana. Las manos se buscan; los labios se acercan hasta toparse tibiamente unos con otros. Las manos crecen. Se alargan. Abrazos. Caricias y electrizantes tocamientos. (¡No! ¡Eso no. . .!) (¡Cómo no!)

Excitación. Más besos. Menos palabras. Respiraciones fatigosas y rápidas.

El alcohol se la lleva. Sueña. Regresa y prefiere soñar. Olvidar. Se vuelve a ir. Ya mañana será otro día. (¡Qué estupendamente besa este escuincle, Dios mío!) . Se va. Se eleva.

"Besadorcito" propone ir a otro lugar. Ella ya no entiende. No oye. Pero no quiere ni entender ni oír.

Van.

Un edificio grandote después de correr como locos en el auto. ¡Qué chistoso! ¡Un garage con cortinas!

Un cuarto. Una cama y un baño. Ella quiere descansar. Acostarse. Ya no puede estar de pie. El cuarto da vueltas. Tiene mucho sueño y ganas de vomitar.

"Llevadorcito" también quiere acostarse.

Adiós, luz . . . ¡Adiós!

Luz nuevamente. Suave luz de día opacada por gruesas cortinas. (¡Qué frío! ¿Dónde estoy?)

Sangre. (¡Dios mío! ¿Qué hice? ¡¿Qué hice?!)

¿Y él?

No está.

Se incorpora rápidamente de la cama. (¡Ay! ¡La cabeza! ¡Qué sed! Me duele el vientre. . . ¿Qué hora será?) Ve el reloj de pulso: las diez y media de la mañana. ¡Las diez y media. . .!

Angustia. Angustia y sollozos. Ganas de morir para no enfrentarse a la realidad. Desesperación mezclada con muda resignación.

Se asoma a la ventana con una mano sobre el bajo vientre y un puchero en la cara. La ventana de un edificio. De un edificio de una calle. De una calle de un barrio. De un barrio de la gran ciudad. Ella ve hormigas abajo. . . muchas. Caminando apresuradamente. Atropellándose. Luchando a muerte y triunfando las más grandes. Una ciudad. Muchísimas hormigas.

Y humo. . .